LA HISTORIA DE AMÉRICA, FUENTE DEL ANTIGUO TEATRO ESPAÑOL

(*Continuación*)

Al iniciarse la comedia se presentan en combate Gonzalo con Menalipe, la reina de las amazonas, y Caravajal con Martesia, bruja de cuenta, que por arte mágica sabe perfectamente el castellano, es capaz de trasladarse en un abrir y cerrar de ojos de un lugar á otro, por distantes que sean, y conoce por su ciencia los sucesos pasados y aun vaticina los futuros. Así es como habla á Gonzalo de las hazañas de Pizarro, para concluir ambas luego por rendirse enamoradas á los dos guerreros españoles ofreciéndoseles como esposas. Pasa, pues, la escena en las más lejanas selvas del Ecuador; cuéntale Gonzalo á la reina:

De los quinientos soldados
que leales me siguieron,

más de doscientos murieron
en guerras y en desploblados.
De cuatro mil indios dejo
cadáveres la mitad;
llámame la mucha edad
del Marqués, que solo y viejo,
entre envidiosos y extraños,
necesita mi presencia
porque mal, sin mi existencia,
podrá reprimir engaños.
De codicias y ambiciones
mi hermano en España preso,
si sucede algún exceso,
culparán mis dilaciones.
El capitán Orellana
con mi bergatín se alzó
y desnudos nos dejó
(deslealtad torpe y villana);
no llevará bien mi gente,
si tus finezas admito,
el no dar la vuelta a Quito;

excusándose por tales causas de aceptar la mano de la enamorada indígena, quien, profetizándole lo que ha de ocurrirle y anunciándole

Ya el Marqués tu hermano... ¡Ay cielo!

para darle á entender así que ha sido asesinado, continúa:

No quiero referir
tragedias que has de sentir
más que la muerte. El recelo
de tus pesares refrena
con el silencio mis labios;

que hace á quien te adora agravios
quien le antecede la pena;
dígatelos la fortuna,
sin que yo los anticipe.

Sin transición alguna se pasa en seguida á una escena en la que don Diego de Almagro, el mozo, refiere á García de Alvarado, partidario de Pizarro, lo que ha hecho en venganza de la muerte de su padre y la suerte que por esos días corría á los Pizarros, no sin que le enrostre que su fortuna toda se la debió el descubridor de Chile al del Perú,

pues á la puerta le echaron
los padres que le engendraron,
de la iglesia, y fué después
hijo de la compasión
de un sacerdote (llamado
Hernando Luque) y criado
de limosna en Malagón.

Airado por tales palabras, manda entonces Almagro que le maten, á tiempo que llega uno de sus servidores para anunciarle que el presidente Vaca de Castro se halla acampado en Chupas, seguido de los más principales capitanes, dando á entender con eso la suerte que le aguarda en el sitio de la batalla de aquel nombre.

Al comenzar la segunda jornada así se anuncia, en efecto, que ha sucedido, para continuar con una escena entre Vaca de Castro, Gonzalo Pizarro y Caravajal, que cuenta más por extenso la jornada de la Canela, con la escapada de Orellana por el Amazonas abajo con el bergantín á tanta costa fabricado, cuya traición se supo por haber dejado en tierra abandonado al Padre Carvajal, irritado de que le hubiera reprendido su felonía; Vaca de Castro, á su turno, confía a Gonzalo el cuidado de la hija de su hermano el Gobernador,

y le previene que si puede mostrar por dónde deba sucederle en el gobierno, está pronto á entregárselo, como espera que lo dispondrá á sus instancias la Real Audiencia de Lima, antes de que llegue Blasco Núñez Vela, nombrado virrey. Gonzalo declara que en realidad fué nombrado por el testamento de su hermano para sucederle, si bien, mientras el César reconoce su derecho, él se retirará á Charcas á las minas de su repartimiento; pero antes de realizar esta determinación se compromete en casamiento con su sobrina doña Francisca, incidente culminante para el desenlace del drama, como se verá. Todavía, antes de partir á su retiro, Caravajal le anuncia cómo va procediendo Núñez Vela y que Vaca de Castro le ha despachado desde el camino para que acompañe á Lima á su sobrina, por cuanto la Audiencia funda en ella el remedio de la situación por que atraviesa el reino; mas, Gonzalo persiste en su resolución y acuerda marcharse á su encomienda.

Allí aparece en la jornada tercera cultivando su jardín, cual nuevo Cincinato, y allí van á buscarle el capitán Almendras, Caravajal y otros capitanes como embajadores de las ciudades del Cuzco, Guamanga, Arequipa y Chuquisaca para que, poniéndose á la cabeza de la gente que han alistado, las defienda de los rigores del Virrey; y una vez más se niega á acaudillarlos, en espera de que en España le reconozcan sus derechos; insiste Caravajal, poniéndole por adelante los desmanes y atropellos cometidos ya por el Virrey, para concluir por decirle que ha mandado sacar de Lima á doña Francisca y meterla presa á bordo de una nave; al oir lo cual, cesa en él toda vacilación y ordena tocar al arma y emprender la marcha al Cuzco. Refuerza su resolución el capitán Hinojosa con nuevos relatos de los procederes de Núñez Vela, entre ellos, la sentencia de muerte que dió contra Antonio del Solar y cómo él por sus propias manos mató una noche al factor Illán Suárez, y le noticia también, después de eso, que la Audiencia ha enviado á España preso al Virrey y que en su ausencia le ha nombrado gobernador; para exclamar entonces:

Si alientan los Oidores mi derecho,
¿qué hay que esperar? Marchemos, pues, amigos,
y de la fe y lealtad que está en mi pecho
con Dios y con el Rey seréis testigos,

y con efecto ordena que se salga á campaña y tomar el camino de Lima.

Píntanse luego algunos de los sucesos de la marcha de su ejército en seguimiento del Virrey, hasta anunciarle que éste ha sido muerto, lo que Gonzalo lamenta, diciendo:

Quisiérale, amigos,
vencido, pero no muerto.
¡Infeliz caballero!

y á continuación, por boca de Caravajal, cómo á pesar de tal evento, el peligro no ha pasado, pues acaba de tomar puerto un clérigo, que marcha contra él, aconsejándole que se corone por Rey dèl Perú: insinuación que rechaza indignado, para continuar con estas palabras, en las que Tirso ha querido resumir la defensa del proceder de su héroe:

Dentro. ¡Muera quien no supo ser
rey del Perú!
GONZALO. Pues morir:
morir, ingratos, perderme,
y no admitir tal infamia;
no eclipsar la sangre mía,
no echar en ella tal mancha.
¡Desamparadme, avarientos!
Sepa mi Rey, sepa España
que muero por no ofenderla,
que pierdo (por no agraviarla)
una corona ofrecida

tan fácil de conservarla,
cuanto infame en poseerla.
Diga que pude, la Fama,
ser monarca y que no quise;
que todos me desamparan
por fiel, por leal, por noble:
será feliz mi desgracia.
Diga, que violentamente
me sacaron de mi casa,
de mi quietud, de mí mismo,
los que en el riesgo me faltan,
los que me dejan ahora.
Con ellos premios reparta
quien á perseguirme viene,
déles indios, déles plata,
que no les dará a lo menos,
estimación ni alabanzas,
de que de mi perdición
no fueron ellos la causa.
Muera a manos de un verdugo
quien tanta fe a su Rey guarda,
que va a perder la cabeza
por no querer coronarla;
mas, no publique la envidia
(que mentirá como falsa)
que alcé contra el Rey banderas,
que toqué a su ofensa cajas.
Gobernador me nombró
mi hermano el Marqués; sellada
tengo esta merced, del César;
cuatro ciudades me llaman
para procurador suyo;
la Audiencia Real me despacha
confirmación del gobierno;
no está, hasta aquí, derogada
mi justicia por el Rey.

Si á Blasco Núñez embarca
preso y culpado la Audiencia,
y es su temeridad tanta
que contra mí se despeña,
pues por morir se disfraza,
¿atribuiráme el prudente
su muerte a culpa? Excusarla
quise; ¿pero quién excusa
sucesos de las batallas?
Tomad, amigos, al temple,
¡despojadme de las armas!
(*Arroja la espada y la daga*).
infelices en creeros
si en vencer afortunadas.
Entregadme al Presidente,
pues aduláis con dos caras,
pues, Judas, me habéis vendido,
pues vuestro interés me engaña,
que, cuando todos me dejen
gozosa volará el alma
á amistades más seguras,
pues mi lealtad la acompaña. (*Vase*).

Y, en efecto, por boca de Menalipe primero y luego por la de Alonso de Alvarado, se anuncia que el Presidente ha mandado cortar la cabeza á Pizarro, motejando así su decreto:

Mal el Presidente paga
servicios de tanta estima.
Si prudente lo mirara,
con más acierto y clemencia
lograr pudiera alabanzas.
¿Orden del Rey no traía,
que si fuese de importancia
de don Gonzalo el gobierno,

por él se le confirmara?
¿Quién pacificó esta tierra?
¿Qué leyes cuerdas y santas
no estableció en tiempo breve,
que siguiéndolas repara
alborotos é inquietudes?
Siendo esto así, ¿por qué causa
no cumple lo que le ordenan?
¿Por qué la cabeza aparta
de los más valientes hombros
que dieron gloria a su patria?

Martesia le anuncia entonces, como en premio del juicio que forma del vencido en Xaquixaguana, la ilustre descendencia que alcanzará, á la vez que la tierra de las amazonas se ocultará para siempre á los españoles y costará la vida á cuantos en ella intenten penetrar, á Pedro de Ursúa, Lope de Aguirre, á Guzmán y á Orellana; para volver Alvarado en la escena última á decir, ante el espectáculo de los elementos que se conjuran alterados por la muerte de Pizarro:

Este fué el fin lastimoso
de don Gonzalo; la fama
de lo contrario ha mentido.
La malicia ¿qué no engaña?
Lea historias el discreto,
que ellas su inocencia amparan....

Y siguiendo tal consejo, se verá á su tiempo, si el lector discreto no ha formado ya su juicio, si es posible justificar con ellas los procederes de Pizarro....

A la última parte de su trilogía llamó Tirso *La lealtad contra la envidia*, y en ella, al par que sólo en contadas incidencias se ve aparecer á Gonzalo Pizarro y el recuerdo breve de las proezas de Francisco, se toma por héroe á Fernando

Pizarro, otro de los miembros de esa familia de conquistadores. Las escenas de la primera jornada pasan en Medina del Campo y se inician con una fiesta de toros en la que sale á rejonear Fernando, á quien pintan así dos de los asistentes a la fiesta:

OBREGÓN. Alentado caballero,
¡qué buen aire, qué bizarro!
CAÑIZARES. Este es Fernando Pizarro.
OBREGÓN. ¿Quién?
CAÑIZARES. El Marte perulero.
El que ha dado á Carlos Quinto
un nuevo orbe, que dilata,
y de mil leguas, de plata
le trae al César su quinto.
El más airoso soldado
que Italia y que Flandes vió.

Retrato que completa el otro diciendo:

Este dicen que prendió
al monarca Atabaliba,
y de una suma excesiva
de indios triunfante salió.

Por supuesto que el héroe sale airoso en su empresa, que completa y aquilata luego, cuando habiéndose producido un incendio en la plaza, la gente huye y se atropella y acomete la fiera á la silla de manos en que, desmayada, sacan de entre la muchedumbre á doña Isabel,—hermana de Alonso de Mercado, alcaide del castillo de la Mota, que hospeda á Pizarro desde hace ocho días,—para matar al toro de una estocada y librar en seguida á la dama en sus brazos. Susúrrase, después de eso, que alguna secreta pasión hacia ella abrigara el corazón de Pizarro, si bien se duda si en realidad se inclina á

doña Francisca, la otra hija de Mercado, duda que se propone resolver don Gonzalo Vivero, enamorado de doña Isabel, á cuyo intento pide á Pizarro una entrevista para provocarle á duelo, en la que, sin excusar lo que la fama publica de sus hazañas en el Perú, se las recuerda así:

Dicen que en el Occidente
vuestro ánimo varonil
mataba de mil en mil
los indios, y que su gente
temblando el nombre español,
por deidad os adoraban,
y que en fe desto os llamaban
primogénito del Sol;
que un ejército vencísteis
vos solo (sería de estopa)
pero sin armas, ni aun ropa,
á poco riesgo os pusísteis;
que en la hazañosa prisión
del bastardo Atabaliba,
sobre las andas en que iba
hallásteis de oro un tablón
que pesaba dos quintales,
y que el Rey por redimir
su prisión, hizo venir
cargados de los metales
(que han hecho tantos delitos)
sumas de indios, que llenaron
el salón, que señalaron,
de tesoros infinitos;
y puesto que sin provecho
obligaros pretendió,
desde el suelo se atrevió
el oro y plata hasta el techo.
Que en el Cuzco despojásteis

un templo al Sol, cuyo muro
de tablones de oro puro
guarnecido, aun no apagásteis
la sed, que avarienta hechiza;
y que en el otro de la Luna
os concedió la fortuna
vigas de plata maciza,
tan grandes, que las menores
de cuarenta pies pasaban,
que unos huertos le adornaban,
cuyas plantas, yerbas, flores,
con propiedad prodigiosa,
troncos, ramas, hojas, frutos,
peces, pájaros y brutos,
imitando en cada cosa
la misma naturaleza,
era todo de oro y plata....

Replícale Pizarro que sus sospechas son infundadas, pues, ni él por su parte, ni la dama por la suya, han mostrado jamás que otro afecto que el de la amistad los ligase hasta entonces, y que, por lo demás, él se ausentará ya al día siguiente de Medina, con que así satisfará su vana sospecha, y que, con todo eso, le esperará a las doce de la noche en el terrero del castillo. Vuelto á él, declara al alcaide que acaba de recibir orden del Emperador para embarcarse y que al punto parte á tomar el mando de cuatro compañías que ha de llevar al Perú. Instanle Mercado y sus hermanas, después de agradecerle lo que ha hecho, para que se quede con ellos algunos días más, cosa a que no puede acceder; pero, en cambio, les ofrece que ha de regresar, sin que haya forma de que declare á Mercado, que directamente se lo pregunta, cuál de sus hermanas es la preferida en sus afectos.

Vivero, mientras tanto, ha ideado, para sacarle el secreto, que un criado suyo se presente ante Pizarro en el lugar de la

cita llevándole un supuesto recado de doña Isabel, que lo tiene por verdadero; de tal modo que, desengañado con esto, cuando se presenta allí el propio Vivero, promete alcanzarle de Mercado la mano de su hermana, y rendido ante tan noble conducta, aquél se le ofrece por amigo y resuelve acompañarle en su viaje a las Indias. Con esto, Pizarro se despide de Mercado y sus hermanas, mirándolas asomadas a una ventana,

porque hablarlas y ausentarme
¿cómo, amigo, podrá ser?,

le dice.

En la jornada segunda la acción se traslada al Cuzco, donde trescientos españoles se ven sitiados por 300 mil indios; allí aparecen Gonzalo Pizarro haciendo muestra de su audacia; su hermano Juan, que acaba de ser herido de un flechazo en la cabeza, y Fernando, que desde hace un año tiene á su cargo, por delegación del Marqués, su hermano, la defensa de la ciudad. Prodúcese luego el asalto de las huestes del Inca, quien manda prender fuego al pueblo para que así perezcan todos los españoles, sus enemigos, cuando se aparece el apóstol Santiago atropellando á los indios, y luego la Virgen, que con una limeta de agua va rociando las llamas y apagando el fuego; ante cuyo espectáculo huyen aquéllos despavoridos, pero cuando ya han logrado dar muerte a Juan Pizarro, hecho que da ocasión para decir Gonzalo a Fernando:

Mi hermano, aunque difunto,
vivirá eternamente
en el buril, pincel y en la memoria;
heroico siempre asunto
de historiador valiente,
nos deja en testamento esta victoria,
que supo, en fin, su no imitado acierto
dar vivo imperios y victorias muerto.
Pero ya que él descansa

y nosotros al daño,
al peligro, Fernando, siempre expuestos,
sin que la quietud mansa
permita en todo un año
dar en paz al arnés ocios honestos, [mos?
¿qué es lo que aquí esperamos? ¿Qué adquiri-
si poco á poco, en fin, nos consumimos?
A la Corte española,
navegando dos mares,
te llevó la lealtad, no la codicia;
allí la augusta bola
doraste con millares
de barras que logró nuestra milicia:
¿qué premios adquiriste?
¿qué medras ó qué cargos nos trajiste?
Un pedazo de grana
te satisfizo el pecho,
cuando la sangre es tanta, que has vertido,
(ya herética, ya indiana)
que pudiera teñir á su despecho
cuantas Grecia á monarcas ha teñido.
Por cierto, ¡ilustre pago
la cruz (sin encomienda) de Santiago!
¿Necesitaba de ella
quien de la estirpe goda
puede al sol dar limpieza en la que crías?
Tu antigüedad, sin ella,
es tan inmemorial á España toda,
que en ti son siglos lo que en otros días.
¿Qué calidad el César te acrecienta
si el hábito te ha dado y tú á él la renta?
Trujístele un dictado
á tu hermano: ¡gran cosa!
darle, por ser marqués, este hemisferio.
¿Mide el globo romano
tierra tan espaciosa

como el Pirú, ó iguálala su Imperio?
¡Marqués sin renta, bien podré decillo,
es fantástico honor, marqués de anillo!
Almagro sí que medra
(su agente tú en España)
dichas que compres caras algún día;
ese hijo de la piedra,
que más que ayuda engaña,
de Chile Adelantado y Señoría,
¿él qué arriesgó? Seguro despensero,
si las vidas nosotros, su dinero.
Su interés premie Carlos:
por ti solicitadas
ejecutorias, honras y favores;
que tú, sin negociarlos,
cuando nos persuadas
á empresas de más riesgos y más sudores
podrás decirnos (para engrandecerlas)
que el más honroso premio es merecerlas.

Cargos más ó menos desembozados contra la conducta del monarca y que Fernando contesta así:

Gonzalo, ¿cómo es posible
que el ánimo os satisfaga
si, por el premio ó la paga
hacéis el valor vendible?....
Fuí á España y á Carlos Quinto
le presenté este Occidente,
y ya veis si del presente
lo que se vende es distinto.
Cuando esta zona, este cinto
ciñe y abraza, este mar
le di, no había de tomar
corta paga, á no ser necio,
que lo que no tiene precio

mejor se está sin premiar.
En Almagro el César doble
gobiernos, que ha de menester;
cobre él, como mercader,
sírvale yo, como noble.

En ese punto llega Vivero y anúnciale que

Almagro y quinientos hombres,
porque tu fama aniquile
deja el gobierno de Chile,
y añadiendo aleves nombres
á su bajo nacimiento
porque nos cree destrozados
en los peligros pasados,
toma con el Inga asiento
y se conciertan los dos
de echarnos de esta ciudad.

Cuéntanse en seguida los conciertos que Almagro celebra con el Inca, que se inician por una carta que aquél le escribe, fechada en su campo á 10 de mayo de 1534, (cuyo texto se pone) y en efecto dan unidos el asalto á la ciudad, cuyos preliminares y sucesos refiere así al Inca uno de sus súbditos:

Almagro, que á la ciudad
de tus padres fundación
marchó en fe que á su gobierno
blasona tener acción,
fué recibido de paz
de aquel Pizarro, que atroz
parca ha sido de tus indios,
de la envidia admiración.
Tocaban á acometerse,
pero un fraile, que al candor

de la nieve hurtó ropajes
y al cielo veneración,
su apellido Bobadilla,
su ejercicio Redentor,
la Madre mejor, su madre,
la Merced su religión,
entrándose de por medio
treguas puso entre los dos
de tres días que juraron,
para que en su disensión
fiasen el compromiso
al Padre, porque ganó
nombre de docto en la esfera
y astrólogo superior.
Aposentado en el Cuzco
el Almagro, y sin temor
el Pizarro de que hubiese
en lo propuesto traición,
á su confianza y sueño
los ojos encomendó,
esta voz, sólo desnudo,
que en todo un año, otra no;
la seguridad dormía,
mas velaba la ambición
del Almagro, á su palabra
y juramento agresor.
Acometióle de noche,
pero intrépido salió
con un estoque y rodela
el estremeño león;
y aunque desnudo, de suerte
á sus contrarios pasmó,
que se valieron del fuego,
(siempre es cobarde el traidor).
Viéndose abrasar Pizarro,
cuerdo las armas rindió

con su hermano y sus amigos:
de dos daños el menor.
Huyó Gonzalo, y Fernando
dicen que de la prisión
saldrá á un teatro funesto
sentenciado ¡vil rigor!
Almagro, pues, determina,
siendo del Cuzco señor,
trazar que muera el Marqués
y, tenga justicia ó no,
partir los reinos contigo
dándote jurisdicción
en los indios, que heredaste
y él, contra su Emperador,
gobernar sus españoles,
porque tiene presunción
de hacerse rey de estas Indias,
sin admitir superior.
Para esto intenta casarse
con tu hermana, y que los dos
una sangre, se eternice
la paz en su sucesión,
sobrinos tuyos sus hijos....

Sentenciado á muerte Fernando, admira su serenidad en la víspera de ser ejecutado, que es tanta, que ha gastado la noche jugando á los dados con Rada, capitán de Almagro, que le gana cincuenta mil pesos de oro; pero como no se los puede entregar de presto, le dice que obtenga de su jefe le conceda alguna demora para su ejecución; y ante el deseo de obtener su dinero, Rada se empeña con Almagro y logra que perdone la vida á su prisionero, y aun más, pues al anunciárselo á Pizarro, le advierte:

Por mí Almagro os la concede;
pero ha de ser de modo

que, amigos como primero,
la hermandad olvide enojos.
Él mismo viene á ceñiros
los brazos, que en vuestros hombros
nobles y alegres, pretenden
reciprocarse con otros.

Rasgo de generosidad y altamente magnánimo atribuído al descubridor de Chile, que viene á hacer fuego contra la menguada pintura que de él ha venido esbozando en toda ocasión el aplaudidor de los Pizarros.

Las cosas en este estado, anuncia Vivero á Fernando, volviendo con ello á ennegrecer la figura de su contradictor:

Amigo, á vista del Cuzco
asoma en vuestro socorro
el Marqués, hermano vuestro;
escuchad los parches roncos.
Vecinos y ciudadanos,
como diversos en votos
diferentes en afectos,
mezclan pesares y gozos.
Pacífico le apercibe
Almagro, hospicio amoroso,
de temor, ya amistad sea,
que fe puede darse á todo;
sus diferencias remite
al maestro religioso
fray Francisco Bobadilla,
árbitro juez de unos y otros.
Todo esto concede Almagro,
si bien algunos curiosos
dicen que engañaros quiere
y que en cesando el estorbo
del Marqués, cuando se vuelva

resucitará alborotos,
que, ya por bien, ya por mal,
le den el gobierno á él solo.

Y replícale Fernando, ante la advertencia que se le hace de que lo pasado le sirva de escarmiento para lo futuro:

Ya su condición conozco;
vamos, que cuando intentare
nuevos engaños, si enojos
templo y admito amistades,
tarde olvido, aunque perdono.
Guárdese Almagro, no quiebre
las paces, que nunca rompo,
porque, en cayendo en mis manos,
ha de pagarme uno y otro.

Y con estas palabras preñadas de amenazas se da fin al acto segundo.

Nos hallamos de nuevo en el castillo de la Mota; allí está Fernando Pizarro, acusado por sus émulos los partidarios de Almagro de haberle sentenciado, como gobernador del Cuzco, á morir á manos del verdugo; allí también le acompaña su amigo don Gonzalo de Vivero, que es el que refiere estas cosas á doña Isabel, haciéndole notar en tono galante, que

fuera su prisión penosa
á no ser su alcaide vos;

y el mismo que refiere á unos cortesanos que van á visitar al preso lo que Almagro y Francisco Pizarro hicieron en la conquista del Perú, aquél poniendo sólo su dinero, y éste jugándose á cada paso la vida, sin que por tan desigual aporte dejase de recibir la mitad de los tesoros que el vencido Ata-

hualpa reunió para su rescate; y, á la vez, cómo Fernando pasó á España y obtuvo para el socio de su hermano el título de Adelantado de Chile, mostrándose luego ingrato, y traidor al aliarse con el Inca,

y que, prendiendo á traición,
mientras que treguas se dan,
á don Fernando, le quiso
dar garrote, y que después
que vió en el Cuzco al Marqués,
puso el pleito en compromiso
de jueces doctos y santos,
pasando por la sentencia,
y que si él, en la apariencia,
después de debates tantos,
confesó que no tenía
al Cuzco acción ni derecho,
y quedando satisfecho,
partiendo la Hostia un día,
que el Marqués y él comulgaron,
juró Almagro: «Este Señor,
por perjuro, por traidor,
como los que le negaron,
me condene si intentare
contravenir al sosiego
de estas paces». Si don Diego,
aunque la pasión le ampare,
contra tanto juramento
convocó campo después,
y, vuelto á Lima el Marqués,
en bárbaro atrevimiento,
quebró las leyes divinas,
y á don Fernando siguió
y la batalla perdió
que llaman de las Salinas
quedando confuso y preso,

¿no mereció su malicia
que, sin pasión, la justicia
le fulminase proceso
y como traidor muriese?

Allí está también doña Francisca, que le confirma su amor y se queja de la tibieza de su amante, sin admitirle la excusa de que mal puede dar rienda á sus expansiones quien como él se ve procesado y en contingencia su fama; pero que una vez que triunfe su inocencia,

que para entonces amor
con seguro desempeño
os hará de un alma dueño
digna de vuestro valor.

No sucede por el momento así, y, lejos de eso, Mercado anuncia á Pizarro que se ha sabido la muerte que un bastardo de Almagro ha hecho dar á su hermano Francisco y que, vencido á su turno por la espada vengadora de Vaca de Castro, ha perecido en un cadalso; de donde toma pie para referir las hazañas de su hermano, diciendo:

Amaneció en él apenas
el uso de la razón
cuando siguió las banderas
del Católico Fernando;
y en Nápoles, dando muestras
de la luz de sus hazañas
fama añadió á su nobleza;
contra el rebelde alemán,
sirvió al siempre invicto César
oprimiendo victorioso
desatinos y blasfemias;
pasó después á las Indias,
donde sacó verdaderas

las fábulas que de Alcides
hipérboles griegas cuentan;
pues si á los doce trabajos,
que enzalzan tantos poetas,
Hércules quedó divino,
para que los obscurezca
mi hermano en aquellas orbes
no doce, infinitos prueba,
que crédito harán dudoso
cuando historias los refieran.
Con sólo trece soldados,
(imitación verdadera
de Cristo y sus doce alumnos)
rindió á su vez á la Iglesia,
la infinidad de gentiles
que por naciones diversas,
oprimidos del engaño,
habitan más de mil leguas.
Rebeldes venció en Italia;
rindió luteranos belgas;
idólatras en las Indias
por él nuestra ley confiesan.
Faltaba oponerse agora
á la traidora insolencia
del padre y del hijo Almagros;
matánrole en la defensa
de su Rey sus asechanzas,
porque faltando en la tierra
nuevos mundos que conquiste,
juzgó su vida superflua
el cielo, entre los mortales....

Y continuando su relación, Mercado añade:

Gonzalo Pizarro dicen
que aquellos reinos altera,

y que saliendo en campaña
mató á Blasco Núñez Vela,
primer virrey del Pirú.
Duda el Rey inteligencias
que tendréis como su hermano,
y aunque de la lealtad vuestra
consta á todos y despacha
a aquellas partes Su Alteza
al de la Gasca, varón
de admirable industria.

Asómbrase de tales nuevas Fernando, alterándose ante el supuesto de que Gonzalo fuese traidor, y replícale entonces Mercado:

Esto publica la fama,
si bien hay quien por él vuelva
y al Virrey eche la culpa,
cuya condición severa
en las Indias ha imitado
no sé qué ordenanzas nuevas,
que en general perjuicio
mandó ejecutar el César.
Nombróle el Reino del Cuzco
Procurador, en defensa
de cuantos conquistadores
temen quedar sin la hacienda
que adquiririeron sus hazañas.
Si estas leyes, de que apelan,
en su agravio se ejecutan
y su valor no se premia;
suplicábale en su nombre
don Gonzalo, que a su Alteza
representase los daños
que temen se sigan dellas,
y que hasta la sobrecarta

suspendiese con prudencia,
protector, amparo y padre,
resolución tan molesta.
Alteróse Blasco Núñez,
y añadiendo fuerza a fuerza,
contra don Gonzalo se arma
y por traidor le condena.
El entonces en virtud
de una cédula que alega
de Carlos Quinto, en que se le hace
merced que al Marqués suceda
en todo el gobierno Indiano,
al Virrey se la presenta,
intimándole que en tanto
que en la corte se resuelva
cual gobierna de los dos,
su jurisdicción suspenda
y deje el dominio libre
de aquel Imperio, á la Audiencia.
Quiso prender los Oidores
Blasco Núñez y ellos templan
los ánimos alterados
de la plebe y la nobleza
y, viendo que es imposible,
si al Virrey gobernar dejan,
que el rigor de sus pasiones
aquellos orbes no pierda,
á una nave le retiran,
porque en España dé cuenta
al Consejo, de los cargos
que ofendidos le procesan.
A don Gonzalo, tras esto,
la Audiencia el gobierno entrega
hasta que lo que el Rey mande
sobre este punto se sepa.
Pero el Virrey obligando

á los que preso le llevan,
en Trujillo desembarca,
forma ejército y presenta
la batalla á don Gonzalo
que, junto á Quito, en defensa
de su gobierno y su vida,
al Virrey despojó de ella.
Si esto es ansí, no es tan grave
su delito.

Y subiendo de punto con esto la alteración de Fernando, exclama:

¿Contra el Virrey, don Gonzalo?
¿Contra las Reales Banderas?
¿Contra su nombre y milicia?

Pues tales son las causas, concluye Mercado, que han influído para que el Rey le ordene que estreche sus prisiones y no le permita que reciba carta ni visita alguna, anticipándole que teme que aun su vida corre peligro. Ya solo y entregado á sus reflexiones, Fernando se queja de su suerte:

¿Pues, por qué el rigor humano
querrá, con desdoro igual,
que participe el leal
los insultos de su hermano?
¿Gonzalo, ¡cielos! tirano;
y que eclipse su vileza
tanto servicio y nobleza
tanta lealtad española?
Mas sí, que una mancha sola
destruye toda una pieza.

Condena explícita de los procederes de su hermano y que repite a doña Isabel, como si Tirso, volviendo sobre sus pa-

sos, hubiese querido echar por tierra cuanto en la comedia anteriormente escrita dijo en vindicación del que ahora no se cuida de llamar tirano.

En esa entrevista de ambos amantes se pone en claro que están desposados desde hace ya un año y que ella lleva en su seno el fruto de sus amores, que ha de quedar ignorado; anúnciale entonces ella que ha resuelto ir en peregrinación al santuario de Guadalupe para rogar por él que el Rey le perdone, y que de allí pasará á encerrarse en un convento de monjas en Trujillo; con lo que se despiden tiernamente.

Doña Francisca, por su parte, ha ideado salvar al preso haciendo fabricar una llave maestra que le permita abrir la puerta de su calabozo y se la arroja junto con un papel, que Pizarro rompe sin leer, desechando como indigno aquel recurso salvador.

En el castillo, á la vez que se oyen chirimías y el alegre estallar de los cohetes, se disponen unas exequias. De estas contrapuestas demostraciones, que turban á Fernando, le saca Mercado, refiriéndole cómo

Murió Gonzalo Pizarro,
con lástima de las Indias,
á las manos del rigor,
que ciego, tal vez castiga,
lo que amigos le engolfaron
en acciones, que peligran
cuando á los jueces se oponen
que el nombre Real apellidan..;

que ha llegado también la noticia de haber muerto doña Isabel, que el Rey ha ordenado ponerle en libertad, y, finalmente, que al siguiente día arribará allí doña Francisca Pizarro, su sobrina, despachada a España por La Gasca, que trae permiso para verle, aconsejándole que se case con ella. Ofrece Pizarro meditar en lo que le propone, y que, para saldar

su palabra empeñada á doña Francisca Mercado, otorgue su mano á su amigo Vivero, á lo que ella accede en obedecimiento á la voluntad de su hermano, para terminar la pieza con la proclamación de la moraleja que informa el propósito del autor, de que

. . . . . vence
la lealtad siempre a la envidia.

He debido dar algún desarrollo á la relación de los hechos que en la trilogía de Tirso se presentan como históricos para que pueda apreciarse, comparándolos con lo que cronistas y documentos refieren de la familia de los Pizarros, hasta qué punto se ajustan á ellos. Vese, desde luego, que Tirso, apoderándose de lo que en tales fuentes había leído, —casi de seguro únicamente en el Inca Garcilaso,— los ha barajado á su modo, confundiendo tiempos y presentándolos en forma tal, que en la parte que no favorecen a los héroes cuyas hazañas se propuso pintar, no aparezcan desdorosos para ellos, paliándolos con disculpas, que no resultan ni podían resultar convincentes. De Francisco Pizarro, la figura más notable de la familia, se limitó a contar los hechos de su infancia, de pura imaginación, y se detuvo allí, desperdiciando los que realizó en América, que habrían puesto de relieve su grandeza; para dar lugar preferente á los de Gonzalo, ciertamente dignos de la epopeya en lo que tocan á su expedición en busca de las regiones en que se decía fructificaban los árboles de la canela, pero de ningún modo defendibles en cuanto fué el caudillo de la revolución contra el poder Real, ni menos por el móvil de que al hacerlo le decidiera el que la hija de su hermano — aun concediendo que fuera su prometida,— la enviara Núñez Vela a bordo de un buque en el Callao, cosa que Tirso reconoce categóricamente por boca del hermano del héroe de las *Amazonas en las Indias:* intervención de parte de éstas, por lo demás, manifiestamente inaceptable y del todo

inexplicable como recurso teatral en un dramático del fuste de Tirso.

Es evidente también el ensañamiento que en todo momento muestra contra Diego de Almagro el viejo, sacando á plaza una y otra vez su triste nacimiento, tildándole de ingrato y considerándole de sobra pagado con el título de adelantado; porque, para valerme de una expresión vulgar, no se contentaba con el hueso, siendo que su apoderado había reservado la carne para su hermano Francisco; y que harto más partido pudo sacar de la figura, altamente dramática del maestre de campo de Gonzalo, aquel viejo Francisco de Caravajal, tan cínico como codicioso, al par que no menos valiente y cruel.

Decir, por último, que la persona de Fernando Pizarro está endiosada por nuestro dramático, es cosa que salta a la vista, y no menos que es falso que llegara á decretarse su libertad, pues la historia nos enseña que murió en su prisión.

Tal es lo que, en resumen y sin profundizar detalles, que harían fastidioso el cotejo entre la verdad y la ficción, me cumple decir del grado de veracidad á que puede aspirar la trilogía de Tirso.

II

COMEDIAS DE PERSONAJES NOTABLES

Tipos y cosas de las Indias que pasaron á ser lugares comunes en el antiguo teatro español.—Fray Alonso Remón y su comedia del *Clérigo agradecido.*— Noticia de D. Pedro Ordóñez de Ceballos designado con ese apodo.—Con esta sola excepción, las demás comedias de este grupo corresponden á sucesos y personajes de la historia de Chile. — Juan Gómez de Almagro, uno de los héroes de *La Araucana*, protagonista de la comedia de su nombre.— Doña Mencía de los Nidos aparece en el teatro con el título de *La Bellígera española*, comedia de don Pedro de Rejaule.—Argumento de la pieza.—Nueve ingenios españoles, en representación de las Musas, celebran los *Hechos de don García Hurtado de Mendoza.*—Motivos de escribirse esta pieza.—Su argumento.—Lope de Vega publica al mismo propósito su *Arauco domado.*— Triste papel que en esa comedia hace desempeñar á Ercilla y adulación que con ello demuestra á la familia de Hurtado de Mendoza.—Toma en gran parte el argumento del libro del doctor Cristóbal Suárez de Figueroa.—Síntesis de su contenido.—*La Araucana*, auto sacramental del mismo Lope de Vega.—Su disparatado argumento.—*Los españoles en Chile*, de don Francisco González de Bustos.—Personajes que figuran en esta comedia famosa. — *El Gobernador prudente*, de Gaspar de Avila, comedia del estilo de las que escribieron los nueve ingenios y enderezada á ensalzar también á Hurtado de Mendoza.—*La Monja Alférez* de Montalván.

En el segundo grupo de las comedias de que voy á tratar, formado por aquellas que se refieren á personajes americanos no de tan conspicua figuración como Colón, Cortés y los Pizarros, debo, ante todo, incluir las en que el protagonista pasa á ser un simple tipo, sin conexión alguna con un suceso histórico cualquiera, pero procedente de América; aludo al mexicano, al perulero y al indiano en general, especialmente a este último, de que más tarde había de sacar el teatro amplio partido con «el tío de Indias». Ni debe olvidarse en este orden cuán socorrido tema fué para los dramáticos españoles las riquezas que en cantidad fabulosa produjo el cerro de Potosí, hasta llegar á constituir una figura retórica; ni tampoco otras producciones de las Indias que se incorporaron en el común decir de la sociedad peninsular, como los papagayos habladores y la bebida del chocolate, allegando con ello recursos teatrales nuevos que no sería difícil ir poniendo de manifiesto si los límites de este estudio lo autorizaran. Baste con recordar que Cervantes fué de los primeros que en sus comedias y entremeses sacó no insignificante partido de todos esos tipos y cosas del Nuevo Mundo, hablando del mexicano por su destreza en el manejo del caballo; del perulero, como hombre, al par que adinerado, no ajeno á los embustes y maulas; y del indiano, como sinónimo de millonario.

Como representación de este último se conocen dos comedias, *Cada loco con su tema, ó el montañés indiano*, de don Antonio Hurtado de Mendoza, poeta aplaudido por Lope de Vega en su *Laurel de Apolo* y de no escasa nombradía literaria como autor dramático, caballero que fué de Calatrava y con no poca figuración en las altas esferas de la Corte, fallecido en 1644 y á quien después de su muerte se llamó el «Fénix castellano».

Desgraciadamente, aquella muestra de su ingenio no se ha publicado, si bien el manuscrito no debe de andar perdido porque consta se hallaba en la biblioteca del Duque de Osuna. Nada puedo, así, decir de cual sea el desarrollo que en la pieza tenga el carácter del indiano; ni tampoco de *El indiano*

perseguido, comedia de las llamadas de figurón, escrita por don Antonio de Zamora y que fué impresa en el *Ameno Jardín de Comedias*, Madrid, 1744, porque no he logrado ver ejemplar alguno de este libro. Fué Zamora poeta de condiciones dramáticas y de estilo y buena versificación, que aplaudía Fernández de Moratín, pero que resultan deslucidas por la exageración de sus conceptos a que se dejó llevar extremando la imitación de Calderón.

Dejado este campo puramente literario, al entrar ya al histórico, comenzaré por dar cuenta de la comedia de fray Alonso Remón intitulada *El Español entre todas las naciones y clérigo agradecido*, cuyas dos primeras partes se imprimieron en Jaén, en 1629, que continuaron, hasta enterar cuatro, autores hoy ignorados, que no lograron igual fortuna para ellas. Que se trata de un asunto histórico resulta evidente con sólo cotejar el título de la pieza con el que á sí mismo se dió en su libro *Viaje del Mundo* el clérigo don Pedro Ordóñez de Ceballos, más evidente aún si se tiene presente que en edición posterior de aquel libro ya se le llama como en la comedia.

Es por demás interesante la biografía de Ordóñez de Ceballos y sus aventuras tan extraordinarias, que han llegado, aunque sin fundamento, á ponerse en duda. Sólo diré que fué originario de Jaén y que por cierta pendencia que tuvo en Sevilla, donde se educaba, hubo de iniciar una serie de peregrinaciones por el mundo, que duraron 39 años; corriendo en América el Nuevo Reino de Granada, el virreinato de México, y después de haberse ordenado de sacerdote en Santa Fe, se halló en Quito a tiempo que estalló allí el motín llamado de las alcabalas; fué chantre de la catedral de Guamanga en el Perú; y de lo restante del mundo visitó la China, parte del Africa y el norte de Europa, hasta regresar á su ciudad natal, donde, atacado de parálisis, vivió todavía no pocos años. Publicó varios otros libros, en cuya impresión le ayudó su grande amigo el maestro Ximénez Patón, siendo por extremo curioso y como tal digno de que se reimprima lo que en uno

de ellos cuenta de su estancia en América. ¿Cuáles y qué de sus peregrinaciones en este continente se recuerdan en la comedia de Remón?...

Fray Alonso Remón, celebrado por Cervantes, Lope de Vega, Quevedo y otros escritores contempóraneos suyos, fué en el siglo licenciado en leyes; ingresó después en la Orden Mercenaria, cuya *Historia general* publicó en 1618, y junto con otras muchas obras místicas y morales, en 1632, el mismo año de su muerte, la *Conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo, prestando con ello valiosísimo servicio á las letras americanas. Como autor dramático fué tan fecundo, que no falta quien diga que escribió más de 200 piezas para el teatro.

Y con esta sola excepción, todas las demás comedias sobre personajes americanos del orden de que trato, que yo conozco, se refieren á los que figuraron en Chile. Sea la primera la llamada *Hechos de Juan Gómez*, que cita Barrera y Leirado sin dar autor ni otra indicación alguna, y cuyo paradero resulta por extremo difícil de señalar, para con el examen del manuscrito haber podido adelantar algo de su argumento, pero que estoy persuadido se refiere á aquel Juan Gómez de Almagro que aprobó *La Araucana* y que tanto es en ella justamente celebrado; ¿ni á qué otro de ese nombre y apellido pudiera convenir, cuando, vulgarizados ya por la publicación del poema ercillano, pasaron por los escenarios de la Península varios otros de los españoles y no pocos de los indígenas cuyas hazañas en él se historiaban, con la sola excepción de don García Hurtado de Mendoza, que apareció en tres de esas comedias, precisamente por la causa opuesta y como rehabilitación á su nombre, que se decía preterido?

Cúpole, acaso, ser la primera en ese orden a una mujer, la heroica doña Mencía de los Nidos, protagonista de la comedia famosa que voy á analizar.

Las figuras de Ercilla y de las de algunos de los héroes de su *Araucana* habían sido sacadas ya en la novela; los romances se apoderaron de muchas de ellas para presentarlas á la

admiración del pueblo; y hasta se les daba lugar en la epopeya. Vamos á verlas ahora cómo fueron llevadas á la escena.

Por lo que sabemos, la primacía de esta idea correspondió al poeta valenciano don Pedro de Rejaule, quien, bajo el seudónimo de Ricardo de Turia dió á luz, por los años de 1612-1615, — cosa que no es posible precisar, por cuanto no se conoce la primera edición,—una comedia que intituló *La Bellígera Española*, que así llamaba á la protagonista de la pieza, aquella doña Mencía de los Nidos,

noble, discreta, valerosa, osada,

que en los momentos en que sus moradores abandonaban á Concepción, amenazada por los indios vencedores, enferma en cama, se levantó y

Asiendo de una espada y un escudo,
salió tras los vecinos como pudo:

para arengarles en los términos que se refieren en el poema ercillano.

El argumento de la pieza, que es una en las que se siguen más de cerca sus dictados, aunque, apenas necesitamos decirlo, trocando nombres y sucesos para agruparlos al rededor de los personajes que se suponen en acción, es sencillísimo: los amores de Rengo y Lautaro con Guacolda, que, en verdad, es la figura que se destaca manifiestamente entre todas: ella, rendida á la gloria y varonil apostura del que fué paje de Valdivia, y casi en todo momento huyendo á las persecuciones de Rengo, que trata de reducirla á su pasión por cuantos medios le sugiere la astucia y la fuerza, aunque respetuoso. Del lado de los españoles, doña Mencía, que apenas da muestra de su sexo en la figura, consagrada por entero á su afición á las armas, y que por ella desdeña los requiebros de

Pedro de Villagrán, su amartelado pretendiente, de quien se burla á cada instante sin rebozo, pero sin que aquél ceje por ello en su empeño de conquistar su mano.

Como accidentes de esta trama casi infantil, se ve en el primer acto á Lautaro, celoso de la que ama al sorprender en poder de Rauco, confidente de Rengo, un papel que Guacolda le envía: inverosimilitud chocante y que sin esfuerzo hubiera podido evitarse, reemplazando, por ejemplo, la carta por alguno de los medios de que los indios usaban para corresponderse entre sí. Luego entra en escena Guacolda, que llevan robada amigos y secuaces de Rengo, que huyen ante la presencia de Lautaro, y la consiguiente explicación entre ambos amantes, interrumpida luego por la llegada de Gracolano, padre de Guacolda, que anda en su busca, y de Pillán, que lo es de Lautaro. En esto arriba Laupi, que refiere á todos ellos, amigos de los españoles, que los indios rebeldes preparan una sublevación, iniciada con la elección del jefe que había de acaudillarlos, acto que cuenta por extenso, siguiendo en todos sus detalles lo que Ercilla trae del mismo hecho en *La Araucana*. Con tales nuevas, Pillán ordena á su hijo Lautaro que acuda en socorro de Valdivia, comisión que acepta gustoso, porque así tendrá ocasión de castigar las locas pretensiones de su rival.

Vese entonces aparecer en escena á Pedro de Valdivia, «hombre de hasta cincuenta años»,—detalle de la cosecha del autor pero muy próximo á la verdad,—acompañado del capitán Bobadilla y de algunos soldados españoles. Cual convenía á la dignidad de su persona como «general de toda aquella tierra», Rejaule levanta el tono, abandonando el verso octosílabo para contar en octavas reales los preliminares de la batalla de Tucapel, cuyo mal suceso sospecha, atribuyéndolo á efecto de su codicia. Valdivia pide á Dios que temple sus iras para con él, á la vez que aconseja á sus soldados que desistan de seguir adelante, táctica á que se opone Bobadilla. Llega en esto el indio Pran para persuadirle que se vuelva de su camino, pues le esperan veinte mil enemigos en

Tucapel, fuerte que acaba de ver en ruinas. Y siguen refiriéndose desde el proscenio las diversas peripecias que van ocurriendo en la batalla, hasta presentarnos la arenga que Lautaro dirige á sus compatriotas, habiendo abandonado ya el partido de su señor: valentía del autor, que en octavas reales también, no ha temido desafiar la comparación con el trozo correspondiente del poema y que, por lo mismo, nos parece conveniente que el lector las conozca y las juzgue:

¿A dónde vais á dar, desconcertados,
Araucanos valientes, honra y gloria
destos fuertes indómitos estados,
porque una sola vez cantó vitoria?
Si os halláis para huir tan alentados,
estando para dar muestra notoria:
que hace rostro en defensa de su nido
el pájaro más flaco y encogido.
Haced rostro, y mirad que los que os siguen
están ya tan cansados y afligidos,
que si vuestras escuadras los persiguen
de vencedores los veréis vencidos.
¿Qué mucho que los hados os castiguen,
si de viles, medrosos y encogidos,
le dais al español lo que, á no darlo,
no fuera poderoso de alcanzarlo?
La victoria le dais, que no es bastante
á ganar de esos brazos esforzados:
considerad su término arrogante,
sus fueros advertid desaforados.
. . . . . .

Termina por fin la escena, y con ella el acto primero, con la presentación de Valdivia herido por la espada de Lautaro, á quien, al tiempo de expirar, le pronostica que, á su vez, ha de morir en el curso de su edad florida, atravesado de una flecha, a vista de su dama.

El segundo acto comienza con un diálogo entre Guacolda, que aparece vestida de hombre, en traje español, lamentándose siempre, y Purén, su criado, de su amor, que no cree correspondido como debiera por Lautaro: diálogo que interrumpe la llegada de Rengo, seguido del brujo llamado Rauco, á quien le pinta la rabia y el despecho que siente por haber sido elevado su rival al cargo de teniente general del ejército araucano y quedado él, por lo mismo, sujeto á su mando. Guacolda se escapa entonces, pero perseguida y alcanzada por Rauco, la trae á presencia de su señor, quien se arrodilla ante ella al reconocerla á pesar de su traje y disfraz. Luego se muestra Lautaro, y cuando principia á lamentarse y hacer cargos á su criado por la escapada de Guacolda, se presentan algunos de sus soldados á avisarle que los españoles salidos de Concepción van ya subiendo la cuesta de Andalicán y á instarle á que vaya á ponerse al frente de sus tropas en la emboscada que allí les tienen preparada, y á tiempo que todos parten, aparece por fin la heroína que da el título á la comedia, acompañada de Pedro de Villagrán, vestidos de monte y armados con sendas jabalinas. Ante un requiebro de su acompañante, que la compara con el león, se pinta así:

Sin duda mamé su leche,
pues tengo su condición,
no nací para sujeta,
para sujetar nací,
ya, el ciervo con la saeta,
ya, el cerdoso jabalí
con la turquesca escopeta.
Este robusto ejercicio
el pesar de mí destierra,
y no porque halle en él vicio,
sino por ser su bullicio
un ensayo de la guerra.
No hay dulce voz, no hay acento,

aunque el sueño me interrompa,
que me dé mayor contento
que el de una bastarda trompa
ó militar instrumento.
El olor que á mi sentido
más lisonjea y suspende,
no es del ámbar escogido,
mas del salitre en quien prende
el fuego siempre atrevido.
Y, en suma, aquesta corteza
ó esta femenil flaqueza
cubre un valor tan extraño,
que sin duda tomó engaño
en mí la naturaleza.

A que añade en el discurso del diálogo otras pinceladas semejantes enderezadas á decir a Villagrán que un hombre afeminado como él no puede ser de su devoción. En estos coloquios estaban cuando llega á ampararse de ellos Guacolda, que se ve perseguida de cerca por Rengo y con quien estaba doña Mencía á punto de trabar pelea cuando se va en seguimiento de Guacolda, que ha tomado de nuevo la fuga. Divísase en ese momento una espesa polvoreda por el camino y se ve arribar al español Alvarado, fatigado y herido, quien les cuenta punto por punto la derrota que Francisco de Villagrán y los suyos acaban de sufrir en aquel cerro. El polvo aumenta y ya se sienten las voces y alaridos de los vecinos de la ciudad, mujeres y niños, que la abandonan en el mayor desorden, cargando á cuestas cuanto pueden, y á cuyo encuentro les sale doña Mencía, levantando el poeta esta vez también su estro para poner en boca de la heroína la arenga que les dirige á fin de que regresen á sus hogares. Hasta aquí, si en verdad no con respeto del sitio y del momento en que de hecho tuvo lugar la alocución de la varonil mujer española, al menos se guardan en el fondo los dictados de *La Araucana*;

pero resultan del todo contradichos cuando ante ella supone el autor que los fugitivos vuelven á la ciudad y la eligen por su jefe; y las inverosimilitudes se aumentan luego enormemente cuando vemos que á los indios se les aparece Eponamón, que les incita al asalto, y de parte de los españoles «Nuestra Señora de la Concepción», que deja embelesados á los indios y les obliga por fin á retirarse: escena esta última tomada también en su idea general de *La Araucana*, cuando en ella se cuenta el llamado milagro de la aparición de la Virgen en el asalto de los indígenas á la Imperial el 23 de Abril de 1554.

Y, ya por este camino, el poeta no se detiene. Supone que Rengo, en su odio y deseo de vengarse de Lautaro, se ofrece á doña Mencía, puesta en el mando supremo, de servirle de guía para que pueda penetrar con sus soldados á la fortaleza en que se halla aquél fortificado, asegurándole que en persona irá á desafiarle á combate singular en sus mismos atrincheramientos. Allí, siguiendo de nuevo las huellas del poema, nos pinta al caudillo araucano entregado á sus transportes amorosos con Guacolda; las visiones que en medio de ellos le asaltan, que atribuye á las influencias del mágico Fitón, y continuando la trama de su invención, nos muestra que cumple, en efecto, Rengo su palabra; pero, apenas iniciado el duelo, llega doña Mencía con su gente, temerosa de que el indio la engañase; se suspende entonces la lucha de los dos campeones y se verifica el asalto del fuerte, en el que perece Lautaro; cumpliéndose así en un todo la profecía que le hiciera Valdivia cuando le dijo que había de morir en edad florida, en lo más alto de su «corrida», á vista de su dama, por una flecha «desmandada».

Guacolda, que se empeña en suicidarse ante el espectáculo de la muerte de Lautaro, cuyo último aliento ha recibido en sus brazos, y á quien dos soldados españoles sorprenden en ese momento, es reducida al cabo por doña Mencía á que se case con Rengo, no sin que la india le diga antes á éste:

Pues si hoy me caso contigo
es á fin de darte muerte
vengando la de mi amigo.

Doña Mencía, por su parte, cede al fin á las instancias de Villagrán y se ofrece á darle gusto por haberle visto como hombre muy fuerte en la batalla.

Había, sin embargo, otros personajes que se habían distinguido en la lucha de los conquistadores con los hijos de Arauco, acaso más dignos de ser presentados en las tablas; faltaban, por ejemplo, el jefe de los españoles y el cantor mismo de las hazañas de todos ellos.

Es cosa bien sabida que el hijo de don García Hurtado de Mendoza había encomendado al doctor Suárez de Figueroa el que historiase sus hechos, como lo hizo, dando á luz en 1613 el libro que los contenía, sublimados y engrandecidos, como en respuesta al reproche formulado contra Ercilla por no concederle en su poema la figuración que su descendiente y aun los críticos ignorantes de la verdad histórica, creían corresponderle, diciendo que, por tal causa, había quedado su obra destroncada. Pero, según parece, no le bastó con aquello, y, llevado de su exagerado apasionamiento por el teatro, encomendó á Luis de Belmonte Bermúdez, que había conocido en el Perú á su padre siendo virrey en 1605, bastante reputado entonces, que escribiese una comedia cuyo protagonista fuese aquél.

«Belmonte, para dar mayor importancia y realce á la ofrenda, llamó á la parte del trabajo y de la gloria, á algunas personas á quienes estimaba por amigos y muy sutiles ingenios. Reuniéronse nueve colaboradores, sin duda, como observa con su habitual penetración el señor Hartzenbusch, para representar las nueve musas; y tomando por guía el libro del doctor maldiciente, trabajaron la comedia intitulada: *Algunas hazañas de las muchas de don García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete*, dedicándola á su hijo y sucesor el gentilhombre de la Cámara de S. M. Representóse

con extraordinario aparato, riqueza de trajes y admirables perspectivas, el año 1622; y se imprimió lujosamente, aderezándola con dedicatoria y prólogo al lector y con los nombres de los poetas y expresión de la parte de trabajo que á cada cual había correspondido.» Tal es lo que nos dice Fernández Guerra.

«...Y con referencia á sus ocho compañeros dijo en la dedicatoria el caporal Belmonte que «los pinceles fueron sutiles, por ser los que en España tienen mejor lugar, á despecho de la envidia.» (1).

Comienza la pieza con una asamblea de los indios, entre quienes se cuenta a Caupolicán, Rengo, Tucapel y uno llamado Coquín, que hace de gracioso. Tiran flechas al blanco puesto y á intervalos suenan instrumentos de música. Caupolicán saca la calavera del que fué Pedro de Valdivia, y luego sale Galbarino con las manos cortadas, cuya presencia los excita á la pelea, á tiempo que se presenta Colocolo, que en una larga tirada hace la historia genealógica de Hurtado de Men-

---

(1) Fernández Guerra y Orbe, *Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza*, pp. 258 y 359.

Tal es lo que sostiene este insigne literato,—á quien tuvimos el agrado de conocer en Madrid, en 1885, y que se sirvió favorecernos con eficacísima recomendación para el Archivo de Simancas,—con respecto al modo cómo se generó la pieza de los nueve ingenios, muy acertada, posiblemente, si bien de los preliminares de ella no puede, de modo alguno, derivarse, al parecer, pues Belmonte en su dedicatoria al Marqués, empieza así: «Rasgos humildes y dibujos pequeños de las hazañas ilustres de don García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, padre de vueseñoría, están pidiendo con dichoso acuerdo un heroico Mecenas que los ampare....»; y la concluye diciendo: «es justo que me valga de la protección de vueseñoría para que supla el favor el defecto de las fuerzas..»

Si no leemos mal, pudiera deducirse de estas expresiones, que la pieza había sido obra espontánea suya y dedicada en seguida al Marqués, cuya protección se buscaba para que se imprimiese y representase.

Los otros poetas que colaboraron con Belmonte en la obra, con redacción propia y aparte de cada uno, fueron: don Antonio Mira de Amescua;

doza, á contar desde uno de sus ascendientes contemporáneo de Don Pelayo, historia que asegura haber leído en libros españoles, y concluye por tratar de disuadirlos á que entren con él en batalla y por aconsejarles que lo mejor sería por el momento enviar algún espía al campo español.

Pásase entonces á ver lo que ocurre en éste. Salen don Felipe de Mendoza, Rebolledo, á quien se presenta como un fanfarrón cobarde, y otros soldados con espuertas de tierra, ocupados en la fábrica de un fuerte; y, por último, Reinoso, que anuncia la llegada de Don García, diciendo:

Ya viene el Marte segundo
heroico valor de España;

á que añade don Felipe:

El pondrá con esta hazaña
freno á Chile, espanto al mundo.

Aparece entonces don García, armado con rodela á las espaldas y una espuerta de tierra en la mano, seguido de otros

---

el Conde del Basto, que en unión con aquél escribieron el acto primero; don Juan Ruiz de Alarcón y don Fernando de Ludeña (amigo que había sido de Ercilla) que redactaron el segundo; don Jacinto de Herrera, don Diego de Villegas y don Guillén de Castro, que compusieron el tercero, pero dejando el final a Belmonte.

No entra en el plan de esta ilustración, ni hay para qué, traer a cuenta la biografía de los nueve colaboradores, algunos de los cuales, por lo demás, están en gran parte enunciados, si no estudiados, en el precioso libro de Fernández Guerra y Orbe; a que podrían añadirse los elogios de Cevantes en su *Viaje al Parmaso*, lo dicho en las pp. VII, X, y XXII del tomo XLV de la *Colección* Rivadeneyra y los apuntamientos de Barrera y Leirado. De Mira de Amescua también ha dicho algo Rodríguez Marín en su *Pedro de Espinosa* (II, 91, 397); y de Belmonte Bermúdez, Pérez Pastor en su *Bibliografía Madrileña*, Parte III, p. 333, y Amezúa en sus comentarios al *Casamiento engañoso y coloquio de Cipión y Berganza*, p. 224.

soldados, que, á falta de éstas, traen fuentes de plata. Encarga á Rebolledo de hacer la guardia y luego le sorprende dormido, y con tal motivo le condena á muerte, de la que se escapa por intercesión de don Felipe de Mendoza, el hermano del Gobernador.

Y con esto se entra, según podrá presumirlo el que conozca las hazañas que se le atribuyen por sus apologistas, á la segunda de las suyas: al cargar la espuerta, quería mostrársele como ejemplo de su empeño para no excusarse de trabajo alguno por su persona; ahora, al perdonar al centinela, que se duerme, su gran clemencia.

Puestos de relieve sendos hechos, llegan los dos espías araucanos, y, á muy poco, Caupolicán, Rengo, Orompello y su gente, que se lanzan al asalto, trabándose en lucha singular el jefe de los indígenas y don García, que finalizan retirándose cada uno por su parte, dando remate así al primer acto de la comedia.

Las escenas con que principia el segundo, obra de Ruiz de Alarcón, encierran diálogos de don García con otro gracioso llamado Chilindrín, quien le pondera

Cuán fácilmente pudieras
si en la corte estar quisieras,
con tu talle y tu dinero,
sin peligros ni embarazos
la flor del mundo gozar,
y que (1) vienes a ganar
la comida a arcabuzazos.

Respóndele el Marqués (como se llama á don García):

Así el honor adquirido
se aumenta: que el ocio al fin,

(1) Así el texto, pero parece que quiso decirse: *y aquí.*

como la espada al orín
la fama entrega al olvido:
y asentado tiene así
el derecho de las gentes
dar honra á los descendientes.

Y conversa también con Tucapel y otros indios, entre ellos Gualeva, con quien alterna pintándole el valor de los soldados que le acompañan, que debemos recordar, ya que, entre ellos, nombra á Ercilla:

Porque, contra los caciques
que á Caupolicán presumen
darle españoles despojos
con muertes ó esclavitudes,
don Miguel, que en el nombre
de Velasco excusa y suple
tantas alabanzas, basta
cuando el de Pereira, ilustre
portugués, y don Francisco
de Guzmán, (1) que dando lustre
á la Casa de Toral,
de hazañas Arauco cubre;
Reinoso y Pedro de Aranda,
Gabriel Gutiérrez, Juan Núñez, (2)
don Francisco de Godoy, (3)
Martes los tres andaluces;

(1) No figuró ninguno de este nombre en aquel tiempo en Chile; debió el poeta escribir don Hernando ó don Martín, que fueron los que acompañaban á don García.

(2) Tampoco hubo en Chile por entonces soldado de tal nombre, á no ser Juan Núñez de Prado; nos inclinamos á creer que quiso el autor referirse á Juan Gómez.

(3) Ercilla habla en efecto de un Godoy, que creemos debía de ser el llamado Juan.

el famoso don Alonso
de Ercilla, para que empuñe
la lanza, y la pluma tome,
con que á Apolo y Marte junte;
el valiente montañés
Rebolledo, (1) que destruye
vuestras vidas como rayo,
vuestros campos como Octubre;
don Felipe de Mendoza,
que, á no ser mi hermano, pude
con heroicas alabanzas
sobre las doradas cumbres
del sol ponelle el primero...

Se da entonces la orden de dirigirse al río, y mientras tanto se nos presenta el campo indígena, al cual llega Rebolledo, atravesando la corriente, en seguimiento de Guacolda, la que le salva la vida del furor de Rengo. Concluye el acto con el desfile de españoles y araucanos y al fin de todos van Caupolicán y don García, quien, contestando á una interrogación de aquél, le dice:

En el campo, valientes araucanos,
tengo yo las palabras en las manos.

El tercer acto, último de la pieza, contiene las escenas culminantes: la anunciada batalla con los indígenas, que antes de trabarse permite ver en el hueco de una peña, que se abre

(1) Rebolledo, ya se ha dicho, fué el centinela á quien don García sorprendió dormido, que así en realidad se apellidó; al hablar del «valiente montañés», se alude á Juan de Alvarado, que con tal calificativo aparece en *La Araucana;* ya se ve que el poeta confundió al uno con el otro.

en tres partes, al mágico Leocotón para anunciar á sus compatriotas el vano empeño de luchar con

Este milagroso joven,
sol de España, heroico hijo
del gran Marqués, digna hechura
del siempre sabio Filipo;

la derrota de Caupolicán y su prisión por Reinoso; la muerte que, a vista de ambos, da Gualeva á su pequeño hijo, encolerizada porque el indio se haya dejado cautivar; la indignación de don García cuando sabe que aquel su teniente ha condenado á muerte al caudillo araucano, ordenando que por tal desacato sufra igual pena, la que remite sólo á instancias de don Felipe de Mendoza. En el cuadro final aparece Caupolicán empalado, y concluye la pieza con el ofrecimiento del General español de premiar á todos sus soldados, aunque sea á costa de su propia hacienda.

Tales son «los hechos» de don García de que se hace caudal para presentarlos como homenaje á su hijo y á la admiración de las gentes en general: todos, sin duda alguna, reminiscencias más ó menos precisas de *La Araucana*, y alguno de ellos, como la indignación que muestra el protagonista por el caudillo araucano, sustraída á Ercilla para engrandecer la figura de aquél; á tal punto, que no sería aventurado suponer que los nueve ingenios no tuvieron otro modelo que el poema para su pieza. Pero, en fin, ni hicieron cargos á Ercilla, ni sacaron con desmedro su persona, cosa que, desgraciadamente, no iba á cumplir Lope de Vega en la tragi-comedia suya que vamos á analizar.

Probablemente, el hijo de don García Hurtado de Mendoza no estimó aún bastantes los elogios y aplausos que se le concedían á manos llenas en la comedia de los literatos acaudillados por Belmonte, y quiso valerse para el mismo objeto nada menos que de la pluma del más fecundo y popular de

los dramaturgos españoles, del gran Lope de Vega, cuando tenía en sus manos el cetro de la producción dramática, que ya nadie se atrevía ni por asomos á disputarle, incluso el mismo Cervantes, para que tomase a su cargo idéntica tarea: ó bien fuese que el «Monstruo de la Naturaleza», de su propio impulso, sea por efecto de fina adulación (ya se sabe cuánto le complacía halagar a los poderosos), sea por las expectativas de medro, se resolviese, decíamos, á emprenderla de *motu propio*, — y esto acaso con más probabilidad puesto que de los términos de su dedicatoria, que pronto veremos, consta que antes de publicarla la tenía hecha de tiempo atrás—; sea, en último término, que pretendiera sólo rivalizar con la de que eran autores los nueve ingenios sus contemporáneos, y uno de ellos, don Juan Ruiz de Alarcón por él tan aborrecido y rival suyo, es el hecho que llevó también al escenario á Ercilla y á varios de los personajes que aparecían en *La Araucana*, con otros inventados de propia cosecha.

Ercilla, que tan justas alabanzas había merecido á Lope de Vega por su ingenio poético, hasta llegar á calificarle en su *Laurel de Apolo* de «Colón de las Indias del Parnaso» y que en su novela *La Arcadia* exhibía su retrato en la sala del palacio en que «para tiempos futuros estaban puestos» (1), después de su muerte, sin respeto alguno á la memoria de á quien así ensalzaba cuando era vivo, iba, años más tarde, á presentar en el teatro la figura del poeta bajo un aspecto verdaderamente repugnante, ajeno del todo á la verdad é indigno de quien no tenía por qué guardarle envidia ni rencor y que sólo podemos explicárnoslo como efecto de una baja adulación á la familia del que, habiendo querido que se le hiciese pasar por héroe de *La Araucana*, quedó en ella redu-

(1) *Colección de Autores Españoles de Rivadeneyra*, tomo XXXVIII, pág. 130. Al lado del retrato de Ercilla presentaba Lope el del Marqués de Montesclaros y el del chileno Pedro de Oña. Véase á Pérez Pastor, *Bib. Madr.*, I, pág. 352.

cido á los justos límites de la verdad, por no decir más engrandecido de lo que en realidad le correspondía. Pero analicemos esa pieza, que por su título y la dedicatoria de que va precedida, deja ya entrever el espíritu que la anima: llamóla *Arauco domado* (1), y estaba dirigida á don Hurtado de Mendoza, hijo de don García, que ya era fallecido, a quien el chileno Pedro de Oña había dirigido en sus días el poema de aquel nombre. Lope expresaba al lector que la pieza contenía las hazañas del siempre digno de alabanza don García, llamándole «nuevo Alejandro en la India», hazañas que restituía «á su ilustrísimo hijo». Ciertamente que tal declaración

(1) Apareció por primera vez en la siguiente compilación:

Parte | Veinte de | las Comedias de | Lope de Vega Carpio, | Procurador Fiscal de la Camara | Apostolica | Dividida en dos | Partes. | Qui ducis vultus, & non legis ifta libenter, | Omnibus inuideas, Linide, nemo tibi. | Año (*E del I.*) 1625. | Con privilegio. | En Madrid, Por la Vivda de Alonso Martin. | (*Filete*). | A costa de Alonso Perez mercader de libros. Vendese en sus casas | en la calle de Santiago | (*Colofón*): En Madrid | Por la viuda de Alonso Martin. | (*Filete*). Año M.DC.XXV.

4.º—Port.—v. en bl.—3 hojs. prels. s. f.—298 págs., con el colofón en el v. de la última.

Arauco domado ocupa el cuarto lugar de las seis piezas de que consta la Parte I del volumen (en la II hay otras tantas) y empieza a la vuelta de la hoja 76 con la dedicatoria á don Hurtado de Mendoza, hijo de don García, que llena el frente de la 77, á cuya vuelta empieza el texto, que termina en la vuelta de la 101.

Se hizo segunda y tercera edición, que describiremos también:

Parte | Veinte de | las Comedias de | Lope de Vega Carpio, | Procurador Fiscal de la Camara | Apostolica. | Dividida en dos | Partes. | Qui ducis vultus, & non legis ifta libenter, | Omnibus inuideas, Linide nemo tibi. | Año (*E. del I.*) 1627. | Con privilegio. | En Madrid, por Iuan Gonçalez. | (*Filete*). A costa de Alonso Perez mercader de libros. Vendese en sus casas | en la calle de Santiago.

4.º—Port.—v. en bl.—3 hojs. prels. s. f.—298 hojs., con el v. de la última bl.

Prels.:—Títulos de las comedias y á quien van dedicadas.—Suma del privilegio: San Lorenzo, 3 de Nov. de 1624.—Fee de erratas: Madrid, 17 de Enero de 1625.—Suma de la tasa: Madrid, 18 Enero 1625.—Aprob. del licen-

tenía el mérito de estar expresada sin ambages ni disfraces para quien quisiera leer entre líneas lo que ella significaba. ... Su dedicatoria no era menos explícita, y raya, por lo mismo, en grosera adulación. «Siendo ésta verdadera historia, vencimientos y hazañas de aquel insigne Capitán, padre de V. S., freno español y yugo católico de la más indómita nación que ha producido la tierra, en la parte cuyo descubrimiento dió tanta gloria á España, justamente vuelve al centro de su principio, como á su propia esfera y natural elemento, desde que dió sujeto á tantas plumas, cuantas en las alas de la

---

ciado Juan Pérez de Montalbán: Madrid, 29 de Sept. de 1624.—Id. del doctor Mira de Amescua: Madrid, 5 de Oct. de 1624.

Arauco domado empieza á la vuelta de la hoja 76 con la dedicatoria de Lope á don Hurtado de Mendoza, concluye en el frente de la siguiente, que está sin foliar, y á la vuelta empieza el texto, que concluye á la vuelta de la 101. La tragi-comedia, como la llama Lope en su dedicatoria, ocupa el cuarto lugar de las seis de que consta la Primera Parte. La Segunda tiene otras tantas.

El Fenix | de | España | Lope de Vega | Carpio, | Familiar del Santo Oficio. | XX. Parte | De sus Comedias. | Año (*E. de a. r.*) 1667. | Con privilegio. | (*Filete*). | En Madrid. Por la viuda de Alonso Martin.

4.º—Port.—v. en bl.—3 hojs. prels. s. f.—289 hojas y final bl.

Arauco domado ocupa el cuarto lugar y comienza á la vuelta de la hoja 76 con la dedicatoria á don Hurtado de Mendoza (2 páginas) y el texto en el v. de la que debía ser 77, pero que no está foliada. Termina en la hoja 101 (vuelta).

La pieza de Lope ha llegado á ser sumamente rara, á tal punto, que sería hoy difícil encontrar una media docena de ejemplares de la Parte XX de sus Comedias que hemos descrito, hasta que nosotros la reimprimimos en las páginas 241-277 del tomo I de la *Biblioteca Hispano-Chilena*, Santiago de Chile, 1897, 4.º mayor. Posteriormente se ha incorporado en las pp. ... del volumen ..... de las *Obras de Lope de Vega*, editadas por la Real Academia, bajo la dirección de Menéndez y Pelayo, quien le dedica algunas apreciaciones críticas que examinaremos luego.

El bibliógrafo Antonio de León Pinelo (página 85 de su *Epítome de la Biblioteca Oriental y Occidental*) atribuye á Lope otra comedia, que dice intitularse *El Marqués de Cañete en Arauco*, dándola como aún inédita, pero que, sin duda, es la misma de *Arauco domado*.

Fama volaron á la inmortalidad, resplandeciente al sol de su esclarecido nombre. Materia dilatada á tantos versos y prosas, y por tantos y tan célebres ingenios como en esta representación sucinta y en este mapa breve, haciendo el mismo efeto en los oídos que la pintura en los ojos, grandes las primeras figuras y las demás en lejos, porque, sin reducirlas á perspectiva, era imposible pintarlas. V. S. la reciba como prenda que restituyo á su dueño, y mi cuidado en estamparla, por causa del tiempo que la he tenido, si ya no se me tiene á grave culpa no haber comunicado al mundo cosas tan admirables, que, como sucedidas en el otro, parecen imposibles».

¡Cuánta hipérbole para hacer, como afirmaba, historia verdadera! No dice Lope de donde tomara para ella sus datos, si bien es fácil adivinar que fueron los *Hechos de don García Hurtado de Mendoza* que el doctor Suárez de Figueroa había publicado en 1613, hacía de eso unos doce años atrás, y la misma obra, por consiguiente, que había servido á la de Belmonte Bermúdez y los ocho ingenios que le secundaron en su redacción

Iníciase esta tragi-comedia, como la llamó su autor, por la singular escena en que se ve al héroe tendido en el suelo, esperando que pase por encima de él el sacerdote que lleva á colocar en la iglesia de la Serena el Santísimo Sacramento: idea realmente extraña que llamó ya la atención de Ticknor, pero que no era original de Lope, pues la había tomado, indudablemente, de lo que al respecto contaba Pedro de Oña (1).

---

(1) He aquí el pasaje del *Arauco domado* (canto III), impreso hacía entonces muchos años (1596), en que se refiere y comenta el caso:

El hecho fué que cuando el Pan del Cielo
En procesión al templo se traía
Para dar ejemplo al indio que atendía
Se derribó á medirse con el suelo,
Haciendo que el presbítero, sin duelo,

Allí también dispone don García que los dos capitanes que en Chile se disputaban el mando

Los tengo de hacer caber
en la tabla de un navío (1).

Ercilla, que asiste á todo esto, aplaude tales acciones del general. Píntanos en seguida Lope una escena de amor entre Caupolicán y Fresia, y luego cuenta el diálogo que media entre un indio agorero y el demonio Pillán, que sale por un escotillón, con un medio rostro dorado y un cerco de rayos como sol en la cabeza «y el medio cuerpo con un justillo de guadamací de oro», que pronostica las victorias que el jefe de los españoles ha de conseguir en Arauco, hasta reducirlo en solos dos años al yugo de Carlos V y Felipe II, y á quien por tantos hechos heroicos los mismos indios habían de llamarle San García (2).

Está ya éste atrincherado en su fuerte de Talgaguano, que los araucanos se preparan para atacar. Allí se le ve en plática con su hermano don Felipe de Mendoza, cuando sale don Alonso de Ercilla, quien le habla así:

Por cima dél hiciese paso y vía,
Tratando con el pie su cuerpo humano,
Pues el de Dios trataba con la mano.

(1) Tampoco es original de Lope esta frase, pues la trae Suárez de Figueroa en boca de Francisco de Aguirre, cuando ya á bordo ambos, le dijo á Villagrán: «Que le parece la variedad de las cosas del mundo? Ayer no cabíamos los dos en un reino, y ahora don García nos hace caber en una tabla».

(2) Nueva reminiscencia del poema de Pedro de Oña (canto Primero):

Mas, oh! sublime garza San García,
Que es nombre con que el bárbaro os honora,
Y bien os cuadra y viene desde ahora,
Si en la virtud está la nombradía....

ALONSO. Prevén, invicto príncipe, las armas,
y defiende tu vida en este fuerte
y la de aquestos pocos españoles,
que los rebeldes indios araucanos,
fiados en la muerte de Valdivia
y en que también á Villagrán vencieron,
vienen como desciende en el verano
granizo en árbol de medrosos pájaros
á no dejarte piedra sobre piedra:
que, á ver la variedad de armas extrañas
de pellejos de lobos y leones,
de conchas de pescados y de fieras,
las mazas, las espadas y alabardas
ganados en batallas de españoles,
los instrumentos varios que ensordecen
el aire, las alegres y altas voces,
y que es de ver delante aquel membrudo
gigante fiero y general que traen,
que desde el hombro arriba excede á todos:
¡ea! señor, ¿no escuchas ya los gritos
con que niegan á Carlos la obediencia?
GARCÍA. Hermano don Filipe de Mendoza,
hoy es el día de mostrar los pechos;
¡ea! españoles fuertes!

FILIPE. Don Alonso,
¿qué gente viene?
ALONSO. Un infinito número.
FILIPE. Y no se sabe el que es?
ALONSO. Veinte mil indios.

Se acercan, en efecto, los indios cantando al són de sus «tamborilillos»; trábase la pelea, disparando los españoles sus arcabuces y los indios sus flechas; combaten en lucha singular don Felipe y Rengo; don García y Caupolicán, al

encontrarse, sostienen un breve diálogo, y aparece á su vez Ercilla, diciendo:

Oh! espada, en fieras teñida,
Animo, mirad quién soy,

y responde Biedma:

Ya van, Ercilla famoso,
saltando el fuerte; ¡teneos!
ERCILLA. Lleváronme los deseos
del ánimo generoso
que estos bárbaros saltasen
el fuerte.

Y luego, al oir voces dentro:

¡Si van el fuerte ganando!

A que le replica Biedma:

Si los veinte arcabuceros
que ha ordenado don García
que tiren á puntería
á los bárbaros más fieros,
no son muertos, no creáis
que pueda ganarse el fuerte!

El miedo, como se notará, es lo que predomina en cuanto dice Ercilla, á tal punto, que no habría podido hacerlo mejor una mujercilla sin ánimo. Y para completar el cuadro, cuando encuentra á don García, después que acaba de recorrer los puestos de los centinelas, es para adularle, diciéndole:

Descansa, que ya encendida
el alba sale á mirarte.

Al cabo de varias escenas que pasan entre los indios, sale Hurtado de Mendoza acompañado de su hermano don Felipe y de Ercilla, á quienes encarga los preparativos para la fiesta de San Andrés que se propone celebrar en homenaje al nombre de su padre el Virrey del Perú. Se refieren luego varias incidencias de los indios y se libra una gran batalla entre ellos y los españoles, hasta verse de nuevo en escena á Ercilla en conversación con don García en el momento en que acababan de cortarle las manos á Galbarino:

(*Continuará*).